

Ciertamente, al margen de su enfoque singular, para este viaje no se necesitaban tantas alforjas. Es una lástima que un libro tan innovador por su metodología quede desvirtuado al final por las anteojeras ideológicas de su autor. Con toda seguridad, puede afirmarse que este trabajo, que tiene mucho de aprovechable, en su formato final no hubiera superado los filtros pertinentes en los medios académicos más serios de la historiografía española. A estas alturas de la película, poco tenemos que aprender de la historia militante, sea de factura extranjera o nacional, por más que este género se acoja con éxito, a diestra y siniestra, en amplios sectores de la opinión pública de nuestro país durante los últimos tiempos. Algunas editoriales españolas —como los expertos que las asesoran— deberían ser más cuidadosas y exigentes con lo que publican. Llevadas de un exceso de papanatismo, a veces obvian el principio elemental de que lo que llega de fuera no siempre se puede considerar un producto de calidad.

*Fernando del Rey Reguillo*

JAMES M. MCPHERSON: *This Mighty Scourge: Perspectives on the Civil War*, Oxford University Press, 2007, XII, páginas 260, ISBN 0-19-531366-6.

En la mayoría de las naciones hay un tema histórico que destaca sobre los demás. En la historia de la España contemporánea ese tema es el punto de inflexión del siglo XX: el conflicto fratricida de 1936 a 1939. Para los británicos, la primera guerra mundial, que simbolizó el final de la época dorada eduardiana y de la arrogante omnipotencia del Imperio Británico, sigue fascinando a los historiadores y al público en general. En el caso de Estados Unidos de América, una mirada rápida a *The New York Review of Books* o una visita a cualquier librería o biblioteca muestra que el tema más investigado, más estudiado y más popular de su historia contemporánea no es del siglo XX, sino del siglo XIX: la guerra civil de 1861 a 1865. A pesar de su relativa lejanía en el tiempo, la *Civil War* sigue siendo un tema apasionado, polémico y controvertido. Y ése, precisamente, es el objeto del último libro de James M. McPherson, *This Mighty Scourge*.

McPherson ha dedicado su carrera académica a la guerra civil estadounidense. Ha publicado más de una decena de tomos sobre el tema, entre los cuales *The Struggle for Equality: Abolitionists and the Negro in the Civil War and Reconstruction* (1964), *Marching Toward Freedom: The Negro in the Civil War* (1967), *Abraham Lincoln and the Second American Revolution* (1991), *Crossroads of Freedom: Antietam* (2002) y el libro por el que ganó el premio Lincoln de 1998, *For Cause and Comrades: Why Men Fought in the Civil War* (1997). No obstante, el libro más conocido de McPherson es su contribución a la sobresaliente Oxford History of the United States of America, *The Battle Cry of Freedom: The American Civil War* (1988), que mereció el prestigioso premio Pulitzer. Es posible que, si uno tuviera que elegir un solo escrito sobre la guerra

civil estadounidense, entre los muchos miles de libros sobre el conflicto, escogiese *The Battle Cry of Freedom*, que además de ser una narrativa cautivadora sobre los sucesos de 1861-1865, sintetiza magistralmente los procesos militares, políticos, sociales y económicos de aquellos años.

*This Mighty Scourge* («Este gran azote»), que toma su título de una frase del presidente de los Estados Unidos durante la guerra civil, Abraham Lincoln, ofrece una serie de reflexiones sobre el enfrentamiento entre el norte (la Unión) y el sur (la Confederación). Hay dieciséis capítulos en total, trece de los cuales han aparecido anteriormente en revistas académicas o libros, aunque revisados y puestos al día por el autor. Inevitablemente, el primer tema a debate en la recopilación es el origen de la guerra civil. Todavía hoy, muchos blancos sureños defienden que el intento de secesión de 1861-1865 no pretendía conservar la esclavitud, sino que reivindicaba el derecho de los estados a su propia soberanía. Actualmente, pocos historiadores profesionales —en marcado contraste con la primera mitad del siglo XX— reclaman esa tesis. Como argumenta McPherson, hasta 1861 los políticos del sur habían podido proteger la esclavitud a través de su control de las instituciones nacionales. Durante 49 de los años transcurridos entre 1789 y 1861, la presidencia de los Estados Unidos estuvo en manos de sureños esclavistas. Además, dos tercios de los presidentes de las dos cámaras de la época *antebellum* fueron del sur y hasta 1861 el Tribunal Supremo estuvo dominado por sureños. Lejos de defender la soberanía de los estados, los políticos y jueces sureños utilizaron su poder *nacional* para mantener la esclavitud, a costa —irónicamente— de los derechos de los estados nortños, como queda de manifiesto, por ejemplo, en la Ley sobre los Esclavos Fugitivos de 1850. Todo esto, sin embargo, cambió con la victoria de Abraham Lincoln en la elección presidencial de 1860. El nuevo inquilino de la Casa Blanca había sido elegido gracias a un programa contrario a la extensión de la esclavitud a los nuevos territorios del centro y oeste. «La capacidad del sur de proteger la esclavitud al nivel nacional había desaparecido o estaba desapareciendo», concluye McPherson, «y por tanto, tocaba invocar la soberanía de los estados y abandonar la Unión». En otras palabras, la polarización de la nación no se debió a la *existencia* de la esclavitud, sino a la propuesta de la *expansión* de la misma a los nuevos territorios.

Algunos libros recientes, como *The South versus the South* de William W. Freehling y *Look Away! A History of the Confederate States of America* de William C. Davis, atribuyen la derrota de la Confederación en la guerra civil a sus propias divisiones (1). No citan sólo la oposición a la Confederación de los esclavos y de los propietarios no esclavistas (que, incluyendo a sus familias, llegó a constituir el 80% de la población del sur), sino, como argumenta Drew Gilpin Faust en la *Journal of American History*, la creciente desilusión de las mu-

---

(1) WILLIAM W. FREEHLING, *The South vs. the South: How Anti-Confederate Southerners Shaped the Course of the Civil War* (Nueva York, 2001) y WILLIAM C. DAVIS, *Look Away! A History of the Confederate States of America* (Nueva York, 2002).

jeros de las familias esclavistas con la lucha secesionista, una desilusión que se transmitió a sus hombres y que, al fin y al cabo, afectó a la moral del ejército (2). Sin negar la existencia de esas fracturas, McPherson subraya que el norte también sufrió unas disidencias y divisiones muy notables y, además, mantiene que se ha exagerado el impacto de esas escisiones dentro de la Confederación. En este aspecto, está de acuerdo con la obra pionera de Gary W. Gallagher, que sostiene que «es hora de considerar la cuestión más compleja y fructífera del por qué los sureños blancos lucharon tanto tiempo» (3).

Para McPherson, la conducción de la guerra, tanto en su dimensión civil como en la militar, y la relación entre las dos, es crucial para el desenlace del conflicto. La capacidad de Lincoln para trabajar en equipo contrasta vivamente con Jefferson Davis, presidente de la Confederación. Por otra parte, a Jefferson Davis le faltó inspiración como líder, mientras que Lincoln está considerado como el más grande de todos los presidentes de los Estados Unidos en parte por su oratoria y sus escritos inspiradores. McPherson también analiza detenidamente la relación entre los políticos y los militares, y en particular cómo impactó sobre la estrategia y las tácticas de ambos bandos. De esa forma, reevalúa las reputaciones de los dos generales claves de la Unión, Ulises S. Grant y William T. Sherman, y la del comandante más sobresaliente de la Confederación, Robert E. Lee. Defensores de la «Lost Cause», o la «Causa Perdida» de los confederados sostienen que Lee fue el general más brillante de la guerra civil y «quizá el general más grande de la historia estadounidense». Hay poca duda de que la elevación de Lee al mando del Ejército de Virginia del Norte a principios de junio de 1862 evitó la derrota inmediata de la Confederación y que sus victorias durante el siguiente año prolongaron la guerra. Sin disputar la brillantez de Lee, McPherson señala su negligencia del frente del oeste (donde Grant y Sherman cosecharon tantos éxitos) y cuestiona su estrategia, tan ofensiva. Además, hace hincapié en la gran ironía de la actuación de Lee. Si la Confederación hubiera sido derrotada en el verano de 1862, la esclavitud y el viejo orden social del sur hubieran quedado en gran parte intactos: es decir, el éxito de Lee «produjo la destrucción de todo aquello por lo que se había luchado».

Un elemento central en la mitología de la «Lost Cause» es la imagen romántica del «Old South», o «Viejo Sur», como la forma de civilización más elevada que jamás han conocido los Estados Unidos (bien ilustrada por la película *Lo que el viento se llevó*). Un ejemplo notable de esa tendencia sureña reivindicativa, observa James McPherson, es la leyenda de Jesse James como un Robin Hood estadounidense. Ese mito, uno de los más duraderos del folklore estadounidense, disfrutó de una renovada popularidad entre la izquierda ro-

(2) Véase DREW GILPIN FAUST, «Altars of Sacrifice: Confederate Women and the Narratives of War», *Journal of American History*, 76 (marzo de 1990).

(3) Véanse GARY W. GALLAGHER, *The Confederate War* (Cambridge, Mass., 1997) y *Lee and His Army in Confederate History* (Chape Hill, N.C., 2001). La cita es del primer libro, página 153.

mántica de los años 1960, y hasta un historiador tan reconocido como Eric Hobsbawm definió a Jesse James como un «bandido noble» que encarnó un «tipo especial de protesta campesina y de rebelión». Sin embargo, no existe ninguna prueba de que James defendiera a los campesinos o regalara a los pobres el dinero robado. Muy al contrario, James malgastó en caballos y en el juego todo el dinero ilícitamente adquirido. Tampoco fue un criminal ordinario. En realidad, tanto durante la guerra civil como después, el norte y guía de la vida de Jesse James fue, en palabras de McPherson, «la ideología y lealtad confederadas». Desde 1865 hasta su muerte en 1882 Jesse, junto con el Klu Klux Klan y otros grupos paramilitares, se dedicó a atacar a los representantes económicos y políticos del estado federal y a sabotear la obra de Reconstrucción que favorecería los derechos civiles y políticos de los ex esclavos. Es más, Jesse James mató a sangre fría a la mayoría de sus (muchas) víctimas, no obstante en la imaginación popular sigue siendo un «héroe».

La parte final de *This Mighty Scourge* está dedicada a la figura más grande de toda la guerra civil: Abraham Lincoln. McPherson hace una reflexión sugerente sobre la vida y la personalidad del mismo antes de llegar a la presidencia, y, por último, analiza las razones por las cuales Lincoln extendió tanto los poderes presidenciales durante el conflicto de 1861-1865.

Aunque McPherson hace comparaciones breves entre la guerra civil estadounidense y otros conflictos bélicos, en ningún momento pone aquélla en relación con otras guerras civiles. Sin embargo, y a pesar de las obvias diferencias de período y contexto, *This Mighty Scourge* sugiere inevitables paralelismos entre los estudios sobre la guerra civil estadounidense y sobre la española. Es notable que McPherson, sin descuidar el debate ideológico entre, y dentro de, cada bando, siempre pone en el centro de su narrativa la lucha, en el sentido militar. Con ello, presta atención a los aspectos cotidianos e incluso mundanos de la guerra: las líneas de suministro, el transporte de las tropas, la naturaleza del armamento, etc. Quizá no sea una coincidencia que uno de los historiadores que más hincapié ha hecho en estas facetas de la guerra civil española sea el estadounidense Michael Seidman. Otro aspecto llamativo de la obra de McPherson es que, a pesar de sus simpatías latentes por la Unión, dedica el mismo espacio al estudio de los dos bandos, lo cual contrasta con el desequilibrio de la historiografía sobre la guerra civil española. Por último, desde el famoso discurso del general Lee en Appomattox después de la rendición de la Confederación, muchos han considerado la victoria de la Unión en la guerra estadounidense como algo inevitable debido a su gran superioridad demográfica y económica («recursos aplastantes», dijo Lee). Sin embargo, McPherson rechaza cualquier meta-narrativa sobre el conflicto. Al contrario, subraya la enorme complejidad de la guerra y el papel clave de la contingencia en el desenlace de la misma. Argumenta que la Confederación, pese a su inferioridad material, podría haber ganado la guerra en varios momentos, y que el norte la podría haber abandonado. Es sólo a partir de 1864, afirma McPherson, cuando las ventajas materiales de la Unión, junto con

la voluntad y el talento necesarios, hacen inevitable la victoria del norte. Una visión tan contingente y matizada de la guerra civil de los Estados Unidos es de indudable interés y estímulo para los estudiosos del conflicto fratricida español, donde el determinismo ha hecho mucha huella.

La lectura de *This Mighty Scourge* resulta placentera. Todos los ensayos están escritos de una forma sencilla, con soltura, e indudable lucidez; el argumento de cada capítulo se encuentra siempre muy bien estructurado. Además, McPherson resume los debates historiográficos actuales y del pasado con claridad y con respeto. Sus propios argumentos, el producto de más de 40 años reflexionando sobre la *Civil War*, están expuestos de una forma clara, coherente y muchas veces convincente. En suma, se trata de un tomo entretenido y sumamente estimulante sobre el tema *par excellence* de la historiografía estadounidense.

En una colección de este tipo no se espera la cohesión de un estudio monográfico o sintético, pero, descontando eso, hay que señalar el desequilibrio en la distribución de temas. Sólo hay un capítulo sobre la esclavitud, el tema fundamental de la guerra civil, y poco sobre la opinión disidente, tanto en el sur como en el norte (donde había mucha). Y mientras McPherson dedica un importante espacio a los aspectos militares y políticos del conflicto, reserva muy poco a la historia cultural y social, los dos campos más dinámicos de la historiografía estadounidense actual. Y dada la calidad de esta última, en general, y la alta reputación de James McPherson, en particular, es sorprendente la falta de reflexión metodológica sobre la interpretación de los sucesos y los procesos de esos años, tan cruciales en la historia de los Estados Unidos. Por tanto, *This Mighty Scourge* es inesperadamente tradicional en sus planteamientos, aunque no por eso es menos clarificador o relevante. Además, en el prefacio a esta entrañable colección, el propio James McPherson da la bienvenida al «desacuerdo y el diálogo, porque de esa forma la investigación y el entendimiento avanzan».

*Nigel Townson*